

biduría infinita y la omnipotencia de Dios se hagan sentir de una manera mas convincente que en este milagroso establecimiento del cristianismo. Despues de esto, si es impiedad el creer y no vivir conforme á lo que se cree, exclama con razon el sábio Pico de Mirándula, el no creer despues de unos testimonios tan auténticos y tan incontestables, es efecto de una debilidad de espíritu sin límites, y el colmo de la necedad y locura es no conocer esta debilidad de espíritu.

Una maravilla tan estupenda debe ser el objeto de nuestra consideracion mas de una vez; y así no se debe extrañar el que yo la vuelva á repetir: Jesucristo se propone abolir todas las religiones que reynaban en el mundo, y establecer una nueva, cuyo dogma es sobre todas las luces de la razon, cuya doctrina es incomprendible á todo espíritu humano, cuya moral hace estremecer todos los sentidos, á los cuales les es enteramente contraria. Este proyecto no podia executarse naturalmente; cualesquiera medios humanos que se hubieran podido emplear en éllo; y por consiguiente, la execucion de este proyecto, es un milagro visible y claro; y lo que hace que este milagro sea todavía mas estupendo, es el no haberse empleado ningun medio humano en la execucion de este proyecto. Finalmente, Jesucristo ha empleado unos medios enteramente contrarios, unos medios que en el orden natural debian ser unos obstáculos invencibles; este es el colmo del prodigio, y por decirlo así, el milagro del mismo milagro. Porque, ¿qué sujetos eligió para executar una empresa tan difícil, y al parecer tan quimérica? Doce apóstoles sacados de la hez del pueblo, hombres groseros, sin espíritu, sin letras, sin educacion, sin medios: doce pescadores que no tenían otro caudal que unas redes, ni otra ciencia que el arte de coger peces, ni otro recurso que una miserable barca. Hombres tan tímidos, tan cobardes, que el mas generoso, el mas osado, y aun se pudiera decir el mas fiel, á excepcion de san Juan, juró tres veces que no habia conocido jamás á Jesucristo; y esto á la sola reconvenccion de un criado y de una criada. Tales son los instrumentos de que se quiso servir Jesucristo para confundir á todos los sábios del mundo, y para someter al yugo de su ley todo el imperio romano y todos los pueblos de la tierra á pesar de una inmemorial posesion de costum-

bres, de supersticiones, de errores; á pesar de toda la fiereza de los romanos, y de todo el orgullo de los griegos; á pesar de la corrupcion general de toda la tierra. Tal fue el designio de Jesucristo; designio al parecer quimérico, proyecto naturalmente imposible; pero Jesucristo le ha executado, y para éllo da por máximas á sus apóstoles naturalmente tan groseros, tan tímidos, tan ignorantes, que se ofrezcan, que corran á la muerte, que se presenten en los tribunales sin pensar ni aun en lo que han de responder; que él les dará entonces unas palabras y una sabiduría, á que todos sus enemigos no podrán resistir, ni tendrán que oponer. ¿Qué prueba mas visible, mas incontestable de su divinidad! ¿qué milagro mas grande! Esta prueba subsiste todavía el día de hoy: este milagro le vemos con nuestros propios ojos diez y siete siglos ha. Incrédulos, resistió todavía á un convencimiento, á una demostracion tan sensible: vuestra insensata terquedad, vuestra falta de fe es efecto de lo limitado de vuestro talento, y fruto natural de la corrupcion de vuestro corazon.

## §. LXXV.

*La divinidad de Jesucristo reconocida  
por los mismos paganos.*

La divinidad de Jesucristo es tan visible, que ha sido reconocida y publicada por aquellos mismos que tenían mas interes en negarla, y que hallaban mas dificultad en creerla. Josefo, que vivia hácia el año 70 de Jesucristo, es el personage mas sábio que han tenido jamás los judíos; y ved aquí lo que este escritor, tan zeloso y tan adicto al judaismo, dice de nuestro Señor Jesucristo en su historia: "En este tiempo, dice, pareció Jesus, hombre sábio, si acaso puede llamarse solamente hombre, porque era poderoso en prodigios, y maestro de los que amaban la virtud. Atraxo á su doctrina muchos de entre los judíos y no pocos gentiles. Era este hombre el Cristo, y sin embargo del suplicio de la cruz á que Pilato le condenó sobre las acusaciones y deposiciones de los principales de la nacion, sus primeros discipulos no dexá-

»ron de permanecerle fieles. Aparecióseles vivo tres días  
 »después de su muerte, según lo habían predicho los pro-  
 »fetas con otros prodigios de su vida; y hasta hoy sus  
 »discípulos han continuado en subsistir bajo el nombre  
 »de cristianos que toman de él." Los talmudistas; esto  
 es, los que siguen ciegamente las opiniones del Talmud,  
 que es un libro en que los judíos han recogido todo lo  
 que mira á la explicación de la ley: los talmudistas, di-  
 go, enemigos los más furiosos y más desencadenados de  
 los cristianos, no han podido dexar de confesar los mi-  
 lagros de Jesucristo. Su despecho contra nosotros en su  
 mayor furor nada ha podido contra la notoriedad de es-  
 tos hechos, y se han visto precisados á confesar que el  
 Dios de los cristianos había pasmado la tierra con sus  
 prodigios.

Hasta los emperadores romanos tan furiosamente de-  
 clarados contra los cristianos, cuyo nombre se habían pro-  
 puesto borrar y acabar con su memoria, conocieron que  
 había algo divino en Jesucristo.

Tiberio, informado por el mismo Pilato de los prodi-  
 gios que hizo Jesucristo en la Siria, y de todas las ma-  
 ravillas que sucedieron en su muerte, y tres días después  
 de su muerte, resucitando como lo había predicho, lo  
 que estaba atestiguado por una infinidad de personas, y  
 demostrado con unas pruebas incontestables; Tiberio, di-  
 go, pidió al senado que Jesucristo fuese colocado entre  
 las otras divinidades del imperio. Tal era entonces la cos-  
 tumbre de los romanos; divinizaban á los hombres en que  
 brillaban señales extraordinarias de virtud y de poder.  
 Ninguno había mostrado jamás tantas como Jesucristo: las  
 relaciones que se enviaban á montones de la Judea á Ro-  
 ma anunciaban cada día la infinidad de milagros que ha-  
 bía hecho. Rehusó el senado, dice Eusebio, executar lo  
 que pedía el Emperador, porque no quería ser prevenido  
 de nadie en sus decisiones; ó más bien, porque el mismo  
 Jesucristo no quiso permitir que su nombre se viese mez-  
 clado con el de aquellas divinidades paganas. Lo cierto  
 es que Tiberio propuso que se le hicieran á Jesucristo los  
 honores supremos; lo que prueba, dice Tertuliano, cuán  
 incontestables son los milagros que hizo Jesucristo, y la  
 impresión que hacían hasta en el espíritu de los paganos.

Lampridio es garante de la veneración profunda en  
 que tenía á Jesucristo el emperador Adriano. Este Prín-  
 cipe intentó erigirle altares, y ponerle en el número de  
 sus dioses: hizo edificar templos en todas las ciudades,  
 sin poner en ellos ningún ídolo, dice el historiador; y si  
 el proyecto se quedó sin executar, fué, añade Lampri-  
 dio, porque consultados los oráculos respondieron que si  
 se executaba este designio, todos los antiguos dioses que-  
 darían mudos, y toda la tierra se haría cristiana antes  
 de mucho tiempo. Todos estos hechos son positivos. El  
 emperador Alexandro Severo, embelesado de todo lo que  
 había oído decir de Jesucristo, le colocó en un oratorio  
 doméstico, dice Lampridio; y estaba tan encantado de su  
 doctrina, que hizo publicar por un rey de armas ciertas  
 máximas del evangelio, y las hizo grabar en las obras  
 públicas, y hasta en su gabinete y en su alcoba; que-  
 riendo que hasta en su palacio se las pusiera á toda hora de-  
 lante de los ojos. Y si no obstante la estimación y vene-  
 ración que profesaban á Jesucristo estos Príncipes hubo  
 mártires durante su reynado, esto era efecto de la preo-  
 cupación superticiosa de sus pueblos, y de la impía cruel-  
 dad de los comandantes de provincia, la mayor parte ver-  
 daderos tiranos, como también del odio furioso que todo  
 el infierno tenía al cristianismo. Así pensaba de Jesucris-  
 to el paganismo, no obstante su preocupación á la tenaz  
 adhesión á sus dioses; y si vamos á registrar las histo-  
 rias más antiguas y más célebres de los paganos, apenas  
 hallaremos historiador que no haya referido con admira-  
 ción algunos sucesos milagrosos de Jesucristo.

Calcidio refiere por extenso el fenómeno que apare-  
 ció á los Magos en el Oriente. Flegon, liberto de Adria-  
 no, cuenta como un prodigio inaudito el eclipse de sol  
 que sucedió en la muerte de Jesucristo, de que hablan  
 los evangelistas. Tálo hizo la misma observación. Macro-  
 bio atestigua la verdad de la matanza de los niños ino-  
 centes inmolados por Heródes en el nacimiento del Sal-  
 vador, sin haber perdonado ni aun á su propio hijo; lo  
 que hizo decir, según refiere este Historiador, que valía  
 más ser puerco, que hijo de Heródes. Finalmente, Porfirio,  
 enemigo acérrimo del cristianismo, conviene en que  
 Jesucristo había expelido los demonios, abolido su impe-

rio, y hecho vano el poder de los dioses de la gentilidad por sola la virtud de su nombre. Hasta el mismo infierno se ha visto precisado, á pesar de su rabia contra Jesucristo, á dar testimonio de su divinidad y de su omnipotencia. Se ha visto en la historia de la vida de este divino Salvador cuántas veces los demonios, forzados por su virtud á salir de los cuerpos, han confesado que era el Mesías, que era Cristo, que era el hijo de Dios, quejándose amargamente de él porque habia venido á destruir su imperio.

En el capítulo 19 de los Hechos de los Apóstoles leemos que estando san Pablo en Efeso bautizó algunos discípulos que solo habian recibido el bautismo de Juan; y que habiéndoles impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu santo, de suerte que recibieron con él el don de lenguas, y el de profecía. Por aquel mismo tiempo algunos exorcistas judíos, que corrian el país, viendo los milagros que hacia san Pablo todos los días en el nombre del Señor, pasaron á invocar tambien ellos el nombre de nuestro Señor Jesucristo sobre los que estaban poseidos de los espíritus malignos, diciendo: *Os conjuro por el Jesus que predica Pablo, que salgais de este cuerpo.* Los que hacian esto eran los siete hijos de Esceva, judío, príncipe de los sacerdotes. Pero el maligno espíritu les dió esta respuesta: *Conozco á Jesus y sé quién es Pablo; ¿pero quiénes sois vosotros?* Dicho esto, el hombre que estaba poseido de un demonio muy malo, se tiró á ellos, y habiéndoles dado muchos golpes, se metió dentro de sus cuerpos. El caso fue notorio á todos los judíos y gentiles que vivian en Efeso, añade el sagrado Historiador: no hubo quien no se espantase de un caso tan terrible; pero al mismo tiempo sirvió para que todos ensalzaran el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Despues de esto, ¿quién se atreverá á poner en duda á la divinidad de un Señor á quien el mismo infierno se ve precisado á respetar como á dueño absoluto de cuanto hay en el cielo, en la tierra, y en los infiernos? Jesus es aquel Señor á cuyo nombre doblan las rodillas todas las criaturas: es el Hijo de Dios, el cual está sentado en la gloria á la diestra del Padre, adonde fue á prevenirnos un puesto, con tal que sigamos sus huellas y guardemos sus leyes. El estar sentado Jesus en el cielo á la diestra de Dios denota su igual-

dad con el Padre. Conserva todavía allí en sus manos, pies y costado las cicatrices sagradas, monumentos eternos del amor que nos tiene, y de lo que padeció por nosotros: lenguas siempre vivas, dice san Bernardo, que sin cesar imploran la misericordia de Dios sobre nosotros (*Tim. 2.*). En la mansion de su gloria, dice san Pablo, ruega continuamente por nosotros, y nos sirve de abogado para defender nuestra causa delante de su Padre, y de único mediador entre Dios y los hombres (*Heb. 7.*). Jesucristo, hombre, se dió él mismo para ser el precio de la redencion de todos los hombres. Es, finalmente, este Señor nuestro pontífice, siempre vivo para interceder por nosotros. A la verdad era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, apartado de todo comercio con los pecadores, colocado sobre los mismos cielos, que no tiene necesidad cada día, como los demas pontífices, de ofrecer víctimas, primero por sus pecados, y despues por los del pueblo; y así no las ha ofrecido sino una vez, que fue cuando se ofreció á sí mismo. Aquellos á quienes la ley hace pontífices, son hombres sujetos á enfermedades; pero Jesucristo es sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedec, siempre perfecto, é incapaz de caer en pecado. A mas de esto los sacerdotes han sido muchos, porque la muerte les impedia el subsistir siempre; pero éste como subsiste para siempre, tiene un sacerdocio eterno; de aquí nace que siempre está en estado de salvar á los que por él se encaminan á Dios.

(*Heb. 10*) Por esta razon, hermanos míos, continúa el mismo Apóstol, pudiendo entrar con seguridad en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo que conduce á la vida, y que él nos abrió por medio del velo, que es su carne; teniendo tambien en él un pontífice que gobierna la casa de Dios, lleguémonos á él con un corazón sincero, y con una fe perfecta. Jesucristo ha muerto, ha resucitado, está á la diestra de Dios, y es el mismo que intercede por nosotros (*Rom. 8.*). Despues de esto, ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? exclama el mismo Apóstol. ¿Por ventura será la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, los peligros, la persecucion, la espada? Por lo que á mí toca, añade san Pablo, estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni el poder, ni lo

mas alto, ni lo mas baxo, ni otra ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios que está fundado en Jesucristo (*Hebr. 4.*). Vamos, pues, con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia, y encontrar gracia junto á él; pues todas las cosas son de él, por él, y en él; á él sea la gloria por los siglos de los siglos. Así sea (*Rom. 11.*). *Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia, ipsi gloria in sæcula. Amen.*

Fin de la historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo.



## VIDA

### DE LA SMA. VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS.

**E**scribir la vida de la santísima virgen María, madre de Dios, es hacer un compendio y resumen de todas las maravillas del Señor: es reunir baxo un punto de vista todas las mas brillantes virtudes; es hacer una pintura de la obra mas perfecta que ha salido de las manos de Dios; y por consiguiente, es hacer el retrato de la mas santa, de la mas excelente, y de la mas perfecta de todas las puras criaturas. Ninguna cosa, decía san Bernardo, me espanta mas que el tener que hablar de la santísima Virgen: para hacerlo dignamente no sería bastante tomar de sobre el altar un carbon encendido, y purificar con él mi lengua, como en otro tiempo se hizo con Isaías; sería menester un globo de fuego que, consumiendo toda la herrumbre, me hiciese bastante elocuente, bastante hábil para poder decir algo que no desdixese de la grandeza y perfecciones de la madre de Dios: *Non quidem carbo unus, sed igneus globus, et igneus afferatur.*

§. I.

*Idea general de las prerrogativas de la santísima Virgen.*

**N**o hay que extrañar el que una muger vestida del sol, que tiene la luna baxo sus pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza deslumbrase con el resplandor que